

NEWMAN John Henry

*Sermones parroquiales/8* [Parochial and Plain Sermons] trad. esp., de Víctor García Ruíz (= Ensayos 569). Ediciones Encuentro, Madrid 2015, 244 p., ISBN 978-84-9055-119-6.

Los dieciocho Sermones del presente volumen pueden ser leídos desde la perspectiva de «la obediencia cristiana». En efecto, cada uno de ellos refleja la convicción espiritual más profunda y el estado interior que caracterizó a Newman en su relación incondicional con Dios, es decir, «obedecer la voz de Dios».

El tema de «la obediencia» se introduce en el Sermón 1 (*Reverencia en el culto*), donde Newman presenta a Samuel como el hombre que consolidó el espíritu de reverencia y del temor de Dios. Ambas disposiciones se comprenden mejor a partir de la llamada que Dios le hizo y de su inmediata respuesta. Con este presupuesto, en el Sermón 2 (*Las llamadas de Dios*), nuestro autor elogia «la obediencia rápida» de Samuel y la compara con la de san Pablo quien también supo «obedecer con prontitud» la llamada de Dios. A partir de estos dos modelos bíblicos nuestro autor deduce que solo con la fe es posible «obedecer a Dios» con diligencia y responsabilidad.

Con el Sermón 4 (*La llamada de David*), Newman predica que Dios concede a los hombres «los dones necesarios para obedecerle». El principal, entre ellos, es el Espíritu de Dios que mora en el interior de cada sujeto humano. Tal fue el caso del joven David quien se distinguió por «obedecer la voz de Dios» que lo instaba a enfrentarse a Goliat.

También el rey Josías reconoció en la voz divina de su interior una «fuerza para obedecer». A causa de este «sentido interior» Josías empezó a tener una fe decidida y diligente. Para Newman, en el Sermón 7 (*Josías, modelo para el que no sabe*), «la fe y la diligencia proceden de la obediencia, se manifiestan en la obediencia a la voluntad de Dios» (p. 116).

En el Sermón 8 (*El testimonio interior de la verdad del Evangelio*), nuestro predicador reflexiona las palabras del salmista que declara «haber obedecido los mandamientos de Dios» y, por ello, ha logrado más sabiduría y más discernimiento que aquellos que le sacaron de la ignorancia y tuvieron más luz que él (Salmo 119, 99-100). Con estas afirmaciones Newman indica, por una parte, que la humildad y la docilidad son cualidades necesarias para alcanzar la verdad en cualquier disciplina. Pero «obedeciendo a la Escritura», practicando la humildad y la docilidad se está en el camino del conocimiento de Dios. Más aún, nuestro predicador subraya que aquellos que buscan «obedecer a Dios» obtienen un conocimiento de sí mismos y este es el primero y principal paso para conocer a Dios. Por otra parte, Newman alerta a su asamblea sobre la posibilidad de que su fe sea despreciada o su «obediencia estricta» ridiculizada. A su vez, los alienta diciendo que el testigo interior de la verdad alojado en el corazón se basta frente a los más eruditos de los incrédulos.

Con el Sermón 9 (*Jeremías, maestro para el momento de la desilusión*), Newman recuerda que según la alianza judía, la «obediencia religiosa» se recompensaba con la prosperidad temporal. No obstante, para nuestro predicador, los seres humanos «no estamos hechos para ser felices» (p. 138). Esta verdad se muestra en la vida de Jeremías, quien enseña a trabajar con una disposición interior más noble y con el deseo de «abandonar toda esperanza presente para gozar de lo que vendrá, dejar este mundo para el mundo invisible» (p. 137).

En este contexto, el Sermón 17 (*La alegría de Dios*), anuncia que «hay que ser alegres y felices en medio de esas circunstancias oscuras y ordinarias de la vida que el mundo desprecia y no tiene en cuenta» (p. 217).

Con el Sermón 11 (*Dar gloria a Dios en los afanes del mundo*), Newman reconoce que no es fácil vivir contemplando la vida que ha de venir mientras se trabaja en ella. Por ende, el desafío que frecuentemente se debe enfrentar es el ser activos y diligentes en los afanes de este mundo, pero no por amor al mundo sino por amor a Dios.

En este sentido, Newman indica una regla práctica en el Sermón 12 (*La vanidad de la gloria humana*), a saber: «hacer con todo el corazón lo que hacemos, de cara a Dios y no a los hombres» (p. 164). Como lo testificó el profeta Ezequiel, y todos los profetas, que vivieron no sólo para reprender o anunciar sino también para sufrir, según el contenido predicado en el Sermón 10, (*Aguantar la desaprobación del mundo*).

El Sermón 13 (*La verdad se esconde si no se busca*), le permite a Newman predicar la conexión entre la fe y la capacidad mental, enfatizando que esta última es un don pero la fe es una gracia. En este sentido, el talento mental no hace cristiano a nadie y por ello no debe sorprender que mentes altamente dotadas y altamente cultivadas rechacen el Evangelio. Según Newman, la revelación cristiana se dirige al corazón, al amor por la verdad, y al deseo de agradar a Dios. Más aún, Dios no se revela a quien no le busca. Y a Dios se le busca por la «vía de la obediencia» y siguiendo la voz de la conciencia.

El Sermón 14 (*La obediencia a Dios nos lleva a la fe en Cristo*), enseña la vinculación entre la «fe y la obediencia». Sobre todo, indica que «obedecer a la conciencia» conduce a «obedecer al Evangelio». Del mismo modo, el Cristo del Evangelio nos hace capaces de «obedecer a Dios». Para Newman, el camino para conocer y amar a Cristo es la «obediencia a Dios» y la «obediencia a Dios» nos lleva a la fe en Cristo.

Con el Sermón 16 (*El Pastor de nuestras almas*), Newman presenta a Jacob, Moisés y David como prefiguraciones de Cristo el Buen Pastor. Obviamente, «Jacob no era David, ni David era Jacob y ninguno de los dos era Moisés. Pero Cristo fue los tres a la vez, porque en él se cumplía el modesto Jacob, el prudente Moisés y el heroico David. Todos hecho uno; Sacerdote, Profeta y Rey» (p. 213). Si Cristo es nuestro Pastor, entonces nosotros somos sus ovejas, oímos su voz, lo «reconocemos y obedecemos».

Newman reconoce en el Sermón 18 (*La ignorancia del mal*), la realidad de la «desobediencia», la tentación de curiosidad y el conocimiento del mal. Como en el caso concreto de Saúl que, según el Sermón 3 (*La prueba de Saúl*), fue un hombre al que Dios bendijo pero también sometió a la prueba y falló, «no fue obediente». Para Newman, Saúl se confectionó una religión a su medida creyendo que podía ser religioso «sin ser obediente».

Con el Sermón 5 (*La curiosidad nos incita a pecar*), Newman asevera que la curiosidad nos mueve a experimentar el placer de «desobedecer», a comportarnos como si fuéramos nuestros propios señores cuando «deberíamos obedecer».

En este contexto también podemos colocar la tesis del Sermón 6 (*Los milagros no da la fe*), donde se sostiene que en la práctica no se gana nada *con* los milagros y *de* los milagros. Para Newman los milagros no hacen mejores a las personas, no es el camino para que los hombres aprendan a «creer y obedecer», ni la falta de ellos es excusa para «no creer y obedecer». Para ser «obedientes» lo que se requiere es el amor no el conocimiento. En efecto,

para Newman, cuando los hombres cambian de opinión religiosa, real y verdaderamente, no son solo las opiniones las que cambian, sino lo que cambia es el corazón. Este cambio es paulatino y lento, hasta llegar a una «obediencia incondicional» a la voluntad de Dios, como se predica en el Sermón 15 (*Conversiones repentinas*).

Por último, con los Sermones de este volumen el lector podrá verificar, una vez más, la agudeza y densidad intelectual del Newman predicador. Pero, sobre todo, podrá admirar la unidad entre la reflexión teológica y la concretización pastoral. Los Sermones de Newman son una demostración de que la teología rigurosa no excluye una pastoral cualificada y que la pastoral responsable requiere de una teología seria y rigurosa.

*Francisco Sánchez Leyva*